

un hombre extraordinariamente fuerte, un espíritu verdaderamente noble, cuyas luchas heroicas admiramos. Pero todos los motivos que le sugería la ciencia profana para salir del precipicio en que gemía, y que detestaba de todo corazón, eran inútiles. Preciso fué que sometiese á la gracia su orgulloso espíritu y su voluntad más orgullosa todavía. Preciso fué, con ayuda de aquélla, ofrecerse en sacrificio á la fe. Y realizó en un instante lo que 15 años de esfuerzos puramente humanos no habían podido hacer. Y experimentó también lo que Cipriano había experimentado anteriormente: el pequeño acto de fe había triunfado por completo de él; lo que había considerado como imposible hasta entonces, estaba realizado. Se había transformado en otro hombre. Su arrogancia quedaba quebrantada, su corazón convertido en llama ardiente y límpida su inteligencia. Y esta clara, caliente y pura luz de la fe, que había inundado su alma, fué para él semillero de sacrificios, fuerza en el combate, principio de todas las virtudes y resorte del espíritu que lo elevó á una altura á la cual pocos hombres le han seguido.

Siempre ha sucedido lo mismo. El combate por la fe es la lucha decisiva en la tierra y para el cielo; la victoria de la fe es la victoria de la mejor parte que existe en el hombre, ó mejor, de un poder más elevado, sobrenatural, que está por encima de él.

El ideal y la fuerza están en proporción con la fe. Allí donde no hay fe, reina la muerte espiritual. Allí donde la fe es débil, también la vida lo es; allí donde la fe es fuerte, viviente, allí hay rudos combates, verdad es, pero también hay grandes triunfos, un mérito infinito y la vida eterna.

«¡Santas dulzuras del cielo, adorables ideas; vosotras saciáis el corazón que os puede recibir! Llenas las almas de vuestros sagrados atractivos, ya nada más conciben que las pueda conmovér. Prometéis mucho y dais más; vuestros bienes no son inconstantes». ⁽¹⁾

(1) Corneille, *Polyeucte*, IV, 2.

APÉNDICE

DE LA TOLERANCIA

1. Entusiasmo ideal por la fe en la Edad Media.—

Al acercarse el momento decisivo en que los sarracenos se preparaban para aplastar á traición al ejército de Carlomagno, fortaleza de la fe, el poeta del *Rolandslied* se siente poseído de religioso entusiasmo. Todos los caballeros arden en deseo de morir por Cristo en la guerra santa; resuenan los escudos, las espadas, sacadas de la vaina, relampaguean al sol, y un clamor entusiasta llena el espacio. Embriagado de júbilo, Carlos se sienta en su trono, y el orgullo que experimenta como jefe de aquel ejército que va á combatir por la causa santa de Dios, hincha su pecho.

En medio de aquellos transportes de júbilo, muy á propósito para encender un corazón de hielo y dar al viejo el ardor de la juventud, un hombre digno y venerable se acerca al Emperador. Es el Obispo Juan. Cerca de cien años descansan sobre sus hombros encorvados. Ha pasado toda su vida—el mismo Emperador es testigo de ello—en oraciones, ayunos y buenas obras. ⁽¹⁾ Pero la llama de la juventud, ó, para hablar con más propiedad, la llama de la fe arde todavía en su alma. «Apoyado en sus muletas, con el cabello blanco como la nieve», ⁽²⁾ suplica al Emperador que le permita partir para llevar la fe á los infieles. «Quiero—dice—anunciarles la palabra de Dios; no temo á la muerte. ¡Ojalá que yo fuese digno de que el fuego ó la

(1) Kuonrät, *Rolandslied*, 1268.

(2) Kuonrät, *ibid.*, 1252 y sig.

espada purificasen mi cuerpo! Sin duda que Dios, en este trance, se mostraría clemente conmigo». ⁽¹⁾

2. Sobre la historia de la moderna idea de tolerancia.

—Esta descripción tan sencilla, y, sin embargo, tan práctica, encuéntranla todos natural en boca de un poeta que vivía en los tiempos del mayor entusiasmo que haya habido nunca por la fe, en tiempo de las Cruzadas.

Por lo contrario, el que mejor conozca la literatura moderna, sentiríase muy embarazado para encontrar en ésta algo parecido. Pocos de nuestros poetas reproducirían este incidente sin mezclar en él la ironía, el frío de la duda, ó, por lo menos, un énfasis artificial, si, con todo, hubiese uno siquiera que tuviese el valor de referirlo.

Es en verdad interesante que fijemos nuestra atención en la manera cómo hablan hoy de la fe, que anteriormente, en tiempos mejores, agitaba tan poderosamente á los espíritus. La cosa vale la pena.

He aquí uno; se llama Antonio Wall, y su nombre hace ya mucho tiempo que está olvidado sin que se le eche de menos —probablemente uno de los que no conocían otro fuego interior que el que enciende una mesa bien servida. —Arrebatado de entusiasmo por la idea de que un pontífice tolerante hubiese invitado á su mesa á 60 apóstoles pertenecientes á 60 religiones ó sectas diversas, con el propósito de intentar restablecer la paz entre aquellos espíritus desunidos, traza sobre el papel cierto número de versos inspirados por semejante argumento. Apenas comenzada la comida, puede verse que algunos platos exquisitos y algunos vasos de vino bastan para poner completamente de acuerdo á aquellos hombres, que hasta entonces eran los enemigos más encarnizados á causa de sus prejuicios religiosos. ⁽¹⁾

Ocurría esto en una época en que un pastor protestante, Cristiano Mayr, extremaba tanto la tolerancia, que, por la mañana, oía misa en una iglesia católica, con la cara pe-

(1) Kuonrât, 1055, 1089.

(2) Menzel, *Deutsche Dichtung*, III, 140.

gada al suelo, iba luego á predicar en su templo y distribuir la comunión, corría en seguida á la sinagoga, después de mediodía se personaba entre los menonitas, y terminaba dignamente la jornada en la logia masónica. ⁽¹⁾

El mismo espíritu apoderóse también un día de Tiedge, el filósofo de los suspirantes, el misionero del sentimentalismo y de las lágrimas, las cuales, en aquella época, debían reemplazar á la fe y al bautismo. Probablemente había él presentido, en uno de aquellos movimientos, que el dulce sentimentalismo y el árido racionalismo en manera alguna hacen un poeta, por lo que entonces buscó una manera más elevada de hacer un poema, una cantata. ⁽²⁾ Tomó por tema á los Apóstoles en la Pascua de Pentecostés. De hecho, el tema se prestaba á la poesía, y, con cierto talento poético y algún entusiasmo religioso, había materia para hacer algo grandioso. ¿Nos mostrará cómo aquellos hombres, que hasta entonces habían tenido el espíritu tan obtuso, una vez animados del Espíritu Divino, ven, en las profundidades, misterios que desafían toda la sabiduría humana? ¿Nos pondrá de manifiesto ante los ojos, con lenguaje apasionado, cómo el Espíritu del Señor cambió la indecisión de aquellos discípulos en jovial entusiasmo, que, como un volcán, difundirá sobre el mundo olas de lava hirviente; cómo la nueva luz, que ya poseen, vencerá todas las diferencias de pueblos y de lenguas; cómo la fuerza de la fe derribará todas las barreras, todos los obstáculos, y hará desaparecer todo temor, á la manera como si todas estas cosas no fuesen más que sombras vanas? Nada de eso. Porque ¿quién sería capaz de creer en la existencia de semejantes pensamientos en tiempos de parálisis moral y de agotamiento de la fe? Semejantes á maestros de escuela discípulos de Rousseau, semejantes á niños procedentes de la institución de Basedow, en días de examen, sus apóstoles desfilan uno tras otro, sin que ninguno anuncie la eterna verdad de Dios, sin que ninguno hable de la

(1) Jul. Schmidt, *Gesch. der deutsch. Lit. in XIX Jahr.*, (3) II, 28.

(2) Menzel, *Obra citada*, III, 104.

salvación por la penitencia; más todavía, sin que ninguno piense en ella; sino que cada uno de ellos predica una religión, ó mejor, una opinión particular, y, sin embargo, todos ellos están llenos de caridad y de fraternidad y á todos los anima un mismo espíritu.

Admitimos que este espíritu, en cuyo apóstol se convertía Tiedge, sea el verdadero espíritu del libre pensamiento y del iluminismo; pero no perderemos el tiempo en demostrar que semejante espíritu nada tiene de común con el que, en el día de Pentecostés, transformó el corazón de los Apóstoles en el tumulto y en el fuego. No, no es este el espíritu del Cristianismo, ese espíritu que ha producido los mártires y formado los héroes de la fe, sino que es un nuevo espíritu, un espíritu incapaz de llenar el mundo, un espíritu que predica la estrechez de la inteligencia y del corazón, ya que no puede elevarse á acciones sublimes y grandiosas. Es el espíritu del racionalismo, la muerte de toda religión, de todo ideal y de toda poesía.

En él hallamos la profesión de fe de nuestra época, y, para caracterizarla, no encontramos expresiones más exactas que estos versos de Woss, el más rudo de los poetas alemanes y el más intolerante de los predicadores de la tolerancia: «¡Oh santa naturaleza, yo te adoro; te adoro con Zenón y Epicuro, Pitágoras y Sócrates, Platón y Diógenes; á ti, espíritu del mundo, sublime é incógnito, menos incógnito al sabio que al pueblo, á ti, que te llamas Jehová, Júpiter, Thoth, Zeus, Oromaces, Tien, Dios!»

Sin embargo, no seamos injustos con los poetas, ya que no son los únicos que proclaman esta estrechez de miras. Danles la mano los filósofos, ó mejor, aquéllos no hacen más que servir al pueblo, en trozos rimados y no rimados, con grave detrimento de la poesía y de la humanidad, lo que los segundos han elaborado ya en su cerebro.

Desde hace muchos años, la filosofía no ha economizado esfuerzo alguno para borrar del corazón de los hombres la

antigua convicción de que no hay más que una sola verdad á la que todo el mundo está obligado á servir. Desde que Bayle y Spinoza trabajaron rigurosamente el terreno, aparecieron uno tras otro en el siglo último, Locke ⁽¹⁾ y Lessing, ⁽²⁾ como los dos más grandes apóstoles laicos de la supuesta tolerancia; y, como siempre que se abre un portillo en una época, fueron seguidos de tal cantidad de serviles imitadores, que sería imposible enumerarlos.

La única aparición de este tiempo que ofrece algún interés, es la secta extraña de los teofilántropos, la cual hizo, en tiempos del Directorio, el ensayo de una nueva religión superior á todas las demás, respetando también éstas, é ideando una filosofía completa con doctrinas de Confucio, Sócrates, Marco Aurelio, Voltaire y Rousseau, ensayo que naturalmente duró muy poco tiempo. ⁽³⁾ Poco á poco se hizo fastidiosa é insoportable esta canción por su continua y uniforme repetición. Finalmente, logró nuestra época, en su constante afán de decir cosas viejas de manera nueva, aunque tenga que hacer de pies cabeza y viceversa, por fin logró—repetimos—vestir de arlequín al desnudo fantasma.

La supuesta ciencia comparada de las religiones era verdaderamente el medio más adecuado para despertar, bajo la apariencia de la ciencia, en la sociedad moderna instruída, cierto interés por esta forma de fantasma. Según el dogma fundamental de esta nueva rama de la ciencia, la cristiana mitología, como se dice ahora, es sólo un miembro de la familia numerosa de mitologías, por lo que debe mostrarse muy modesta y paciente con sus hermanas, iguales en derechos, aunque éstas sean tan bárbaras y salvajes como los servidores de Thug y de Moloch, á fin de no exponerse al peligro de que la llamen intolerante.

(1) Lechler, *Gesch. des engl. Deismus*, 172 y sig. Cf. Friedländer, *Gesch. d. philosoph. Moral. d. Engländer u. Franzosen*, 408 y sig.

(2) Schwarz, *Lessing als Theologe*, 211, 225.

(3) Bergier, *Dict. de théologie* (Lilla, 1844), III, 952 y sig. Bertrand, *Dict. des religions*, IV, 847 y sig. Herzog, *Real-Encyklopädie* (1), XVI, 19 y siguientes.

El conocido Parlamento de las religiones, que fué uno de los atractivos principales de la Exposición de Chicago en 1893, constituyó el *desideratum* de esta nueva dirección y el triunfo de la moderna cultura mundial, ya que estuvieron en él representadas todas las religiones de la tierra, con excepción del Islamismo y del Anglicanismo, todas, por medio de sus secuaces budistas, brahmanistas, indochinos, indos, japoneses, chinos, griegos, y, al lado de todas las innumerables sectas del Protestantismo, hasta católicos. Los obispos de la América del Norte, á causa del carácter de sus compatriotas, no pudieron excusarse de concurrir á dicha exposición, para evitar los reproches—que seguramente se les hubiesen dirigido—de tener miedo á la luz y no atreverse á hacer cara á sus antagonistas. Pero la impresión que en todas partes produjo sobre la opinión pública el Congreso de las religiones, fué en verdad muy diferente, y demuestra palpablemente el espíritu de indiferentismo de nuestra época. «Fué este congreso—dijo Pablo Caro—una nueva Pentecostés, en la cual, todos los pueblos se unieron, con santo entusiasmo, en el amor al mismo Padre como amantes hermanos». «Fué el más grande y, en verdad, el único concilio ecuménico—dice Maximiliano Müller—que el mundo ha visto, la solemne declaración de que todas las religiones se consideran como brotadas de la misma fuente, como dialectos de un mismo idioma; fué el preludio, en el terreno religioso, de esa unión fraternal internacional, que en vano busca el mundo en el terreno político». ⁽¹⁾ «La humanidad—exclama Mr. Stead—empieza ahora á darse cuenta de que los diferentes ejércitos de la Iglesia militante, los ejércitos del Islám, de Confucio, de Buda, de Roma, aislados, no satisfacen ya las necesidades de nuestra época. Inútil sería suspirar con Morley por un nuevo Pablo. Grant Allen dió seguramente en el clavo, al indicar la unión de to-

(1) Véanse nuestros *Mittheilungen in der Linzer Theolog. Quartalschrift*, 1894, 209, 215, 733 y sig.; 1895, 464 y sig., y además *Deutsche Rundschau*, Marzo, de 1905.

dos los ejércitos dispersos y formar un montón con todas las armas viejas y nuevas del progreso: religión, mitos, leyendas, oráculos, espiritismo, etc. Basta la unión de todos los hombres de buena voluntad que defienden la misma causa, y todo quedará arreglado». ⁽¹⁾

Para acelerar esta unión, celebra con sus amigos conferencias en Grindelwald, á las cuales concurren anualmente adeptos de todas las partes del mundo, para tratar cuestiones religiosas y sociales y aumentar su adhesión mediante excursiones por Italia, ascensiones, conciertos y representaciones teatrales. ⁽²⁾

No es necesario examinar la utilidad de tales ideas. Todas han hecho lo posible para acabar con la religión; pero muy pronto tuvieron que compartir la suerte de los teofilántropos.

3. La idea moderna sobre la tolerancia es la muerte del ideal y de la religión.—¡Si siquiera estos filósofos de que aquí tratamos, laicos, prosaicos, lo mismo en sus ideas que en sus escritos, fuesen filósofos mundanos! Pero el caso es que, al proceder así, el dogma de la tolerancia se ha convertido, si no en el contenido completo, por lo menos en gran parte de lo que se llama concepción religiosa moderna.

Desde los días del racionalismo, ¿no hemos visto alistarse en sus filas aún á los que aspiran al título de teólogos, con más entusiasmo por él que por la Biblia y los escritos relativos á la fe? Sí, puédesse muy bien decir que esta idea sobre la tolerancia ocupa en muchos el lugar de la fe positiva. La afirmación puede parecer extraña, pero es fácil de probar. Como ejemplos convincentes, no haremos más que citar algunos principios del padre del protestantismo moderno, Schleiermacher. De los libros simbólicos de su confesión, apenas habla ya con seriedad. En lo referente al origen del Cristianismo, no nos ofrece noción alguna exacta, callándose especialmente sobre el personal que lo cons-

(1) Review of Review, XII, 426.

(2) *Linzer Theolog. Quartalschrift*, 1894, 738.

tituía al principio; ⁽¹⁾ y, como puede verse, habla de los Apóstoles y de los Santos Padres del mismo modo que hablaría de una compañía de cómicos de la legua. Compréndese, pues, fácilmente que muestre poco escrúpulo en confesar que la incertidumbre y las vacilaciones sean inevitables en lo referente á la Sagrada Escritura. ⁽²⁾ Naturalmente también, como él mismo confiesa, la interpretación de la Biblia es, en la mayor parte de los casos, asunto de poca importancia. ⁽³⁾ Evidentemente, tampoco trata en sus obras de una doctrina de fe sólida, la cual es reemplazada por una formación doctrinal ondulante, intangible, que consiste en la piadosa conciencia personal ⁽⁴⁾ que se abre paso; por consiguiente, en el subjetivismo absoluto. Según Schleiermacher, todo lo que uno puede exigir de un cristiano, y al mismo tiempo de un teólogo evangélico, es que se forme por lo menos una convicción personal. ⁽⁵⁾

En semejante terreno, es evidentemente fácil de cultivar la tolerancia. Es algo completamente conforme con estos extraños principios religiosos lo que el reformador moderno expresa sobre la religión. Todo es inmediatamente verdadero en la religión; todo lo que tiene una forma religiosa es bueno; ⁽⁶⁾ la religión de cada hombre es su más alta verdad. ⁽⁷⁾ Según él, no hay, pues, más que una verdad personal, ó, para hablar con más exactitud, una apariencia de verdad y de bien personal, pero nada de verdad revelada real é inatacable.

La idea de que es posible una religión universal, una religión única y válida para todos los hombres, no es, en expresión de Schleiermacher, más que una idea extraña. Pero, como él enseña, una religión particular no es tal,

(1) Schleiermacher, *Kurze Darstellung des theol. Stud.*, § 166.

(2) *Ibid.*, § 107.

(3) *Ibid.*, § 113.

(4) *Ibid.*, § 166.

(5) *Ibid.*, § 219.

(6) *Ibid.*, *Reden über die Religion an die Gebildeten unter ihren Verehrern*. 2. Rede (S. W. I, 1, 206).

(7) *Ibid.*, I, 1, 271.

sino por medio de cierta especie de sentimiento. ⁽¹⁾ Cada uno debe, pues, saber que la suya sólo es una parte del todo, que sobre esas mismas situaciones que le atañen desde el punto de vista religioso, hay maneras de ver y sentimientos tan piadosos como los suyos, y, no obstante, completamente diferentes. ⁽²⁾

Desde este punto de vista, parece, pues, que todo acto es igualmente piadoso, tanto si se siente afectado por algo religioso como si no, tanto si una cosa se refiere á la fe como á la incredulidad, á la devoción como á la blasfemia. En todo caso, nos dice el nuevo profeta, es cierto que, en la Iglesia Evangélica, no es necesario un acuerdo completo, ⁽³⁾ que no puede ser contenido el desarrollo de la idea doctrinal de oscilación y de discordia, ⁽⁴⁾ y que es una falsa ortodoxia querer sostener aún lo que ha envejecido desmesuradamente en la opinión de la Iglesia. ⁽⁵⁾

Esto equivale á extremar tanto la tolerancia, que la fe y la religión no tienen que decir una palabra más. Sin duda alguna, el mismo Schleiermacher lo comprende así, por cuanto termina el consejo instructivo dirigido á sus alumnos con la siguiente exhortación que nos explica de donde proviene ese estilo forzado, propio de él y de sus numerosos colegas: «Como semejantes principios se difunden fácilmente por esferas en que no son comprendidos, su misión—dice—consiste en exponerlos de tal suerte, que solamente produzcan encanto en aquellos de quienes uno pueda esperar un uso conforme». ⁽⁶⁾

Los hombres reflexivos no tendrán dificultad alguna en comprender que no deben inquietarse mucho por semejantes maneras de ver relativas á la fe religiosa. Más todavía, se persuadirán fácilmente, en el fondo de su conciencia, de que la verdad religiosa existe también allí en donde se to-

(1) Schleiermacher, I, I, 205; Cf. 389 y sig., 436 y sig.

(2) *Ibid.*, I, I, 205, 207.

(3) *Ibid.*, *Darstellung des theolog. Studiums*, § 196.

(4) *Ibid.*, § 180.

(5) *Ibid.*, § 205.

(6) Schleiermacher, *Darstellung des theol. Studiums*, § 334.